

# Diario de Las Palmas

Las Palmas de Gran Canaria. Lunes 24 de Agosto de 1908. DIARIO DE LA TARDE

## **Caridad y Tolerancia**

Vivo hoy más con los muertos que con los vivos, recordando lo que he amado, olvidando lo que he odiado y he despreciado, lo que ya no quiero despreciar ni odiar. En lo futuro, cuando me pasee por *mi* Vía Appia, entre *mis* tumbas, me arrodillaré reverentísimo delante de un sepulcro coronado por una humilde cruz, y me diré a mí mismo, y se lo diré al viento que pase, a los caminantes que lleguen con las plantas heridas por los abrojos de los senderos:

Aquí yace el P. Cueto, un cristiano de los primeros tiempos del cristianismo, de aquellos tiempos en que la religión de Jesús, cercana a su divino origen, era todo espíritu. Más aún: aquí yace un cristiano de la época del Redentor, de aquellos días en que las nuevas creencias se purificaban en la piedra de toque de la persecución, y la fe volaba con las alas inmaculadas de la paloma del Espíritu Santo. Fue un justo, y se le reconoció como tal; abstraído con sus pensamientos celestes, con sus preocupaciones humanitarias, no vio todo lo malo y feo que hay en la tierra. La venda que tenía sobre los ojos era una nubecilla pura en que se reflejaban las luces del Empíreo. No perteneció al siglo XIX ni al siglo XX, período de espantosas depravaciones; perteneció a la edad de oro de las grandes perfecciones espirituales. Caminó, siguiendo el reflejo sideral de Jesucristo, por las orillas del mar de Galilea...

Era demasiado bueno para ser intolerante; demasiado culto para ser fanático. Comprendió, como León XIII, que la tolerancia es la diplomacia de la Iglesia; que las conciencias no se ganan con anatemas ni con raptos furibundos; que para desarmar a un escéptico y para convencer a un incrédulo vale la mansedumbre mucho más que la dureza; que en labios de un sacerdote sienta mucho mejor el tono persuasivo que el tono conminatorio. No figuró entre los que levantan con material de sofismas artificios lógicos para demostrarnos que las ideas religiosas pueden grabarse en el espíritu al hierro...

Por eso fue comprendido, amado, respetado; por eso hizo tantos prosélitos y conquistó tantos amigos y admiradores que él supo llevar hacia Dios dulcemente... Si hubiera hecho lo contrario, los frutos de su pontificado glorioso no hubieran sido mayores en cantidad ni en calidad; pero, en cambio, su obra habría sido estéril... Creo que es Balzac quien lo ha dicho: «para que un alma se levante, se necesita la atracción de otra alma». Y la atracción de aquella alma privilegiada estaba en el amor que excluye la violencia!

Estaba en la caridad viva y laboriosa. No paró un momento en la práctica del bien; no encontró nunca motivos para dejar de realizarlo. En su afán por aliviar las miserias ajenas y las ajenas necesidades, olvidó su propia condición humana sublimándose. La caridad le poseyó y le abrasó como una fiebre vital que solo pudo curar la muerte. Dijo con su conducta a los ricos avaros que la riqueza retenida e inútil es una usurpación, evangélicamente hablando, y que la riqueza empleada en obras corruptoras e injustas es un crimen, hablando también evangélicamente.

Muchos ponderaron la ciencia profunda del gran misionero, su saber teológico, su maestría en el manejo de la palabra hablada y escrita. Yo recordé, cuando supe que había fallecido, sus excelsas virtudes, porque me atengo a la máxima de Vauvenargues: «los grandes pensamientos brotan del corazón». Algunos dijeron que le había faltado, para ser completo, la energía de carácter.

¡Pobre e inoportuna observación intercalada en el entusiasmo del panegírico! No deben preferirse las aguas embravecidas que todo lo destruyen a las aguas mansas que labran con sus besos prolongados la escultura de las costas y la arquitectura de las tierras. Cristo solamente una vez fue enérgico: cuando rechazó la invasión en sus dominios de los viles mercaderes. Quizá el santo prelado por una sola vez también, para probar que Dios tiene sus horas de cólera, debió repartir entre la chusma unos cuantos latigazos misericordiosos; debió arrojar sobre la cabeza de nuestros fariseos, de nuestros publicanos, de nuestros lobos disfrazados con pieles de ovejas, las llaves de San Pedro...

\*\*\*

Y así proseguiré mi monólogo, todo lleno de alabanzas, figurándome que voy en pos de la sombra del gran misionero, así como él iba en pos del rastro de Cristo por las orillas de Galilea...

**F. González Díaz**